

6. La situación socioeconómica

Miguel Urioste F. de C.

Este capítulo se centra en el análisis de los datos recogidos en un estudio llevado a cabo el año 1976 por el Instituto de Investigaciones de la Universidad Católica Boliviana y los colectados el año 2004 por la Fundación TIERRA.

La metodología utilizada en el estudio de la Universidad Católica en 1976 consistió en el análisis de los datos de variables cruzadas obtenidas de la aplicación de trescientas encuestas mediante entrevistas directas a jefes de hogares (varones o mujeres) en sesenta comunidades distintas, a un promedio de cinco encuestas-entrevistas por cada comunidad. Las unidades muestrales fueron las comunidades campesinas clasificadas en segmentos uniformes de cincuenta viviendas cada una. Las comunidades fueron sorteadas aleatoriamente de la lista de comunidades del INE, del Censo de Población y Vivienda de las provincias Camacho, Omasuyos, Los Andes, Ingavi y Manco Cápac.

Cada familia fue entendida como un "grupo de personas con lazos de consanguinidad, matrimoniales o legales, que conviven en la misma vivienda y cocinan en común; además se incluyeron en el grupo familiar los allegados mientras que los hijos de los casados que viven con sus padres se consideraron aparte solo si cocinaban en forma separada".

El estudio de la Fundación TIERRA del 2004 aplicó también trescientas encuestas en 9 comunidades pre seleccionadas. No se hizo sorteo aleatorio de las listas de comunidades, sino que el equipo de investigadores realizó una selección cualitativa en base a las particularidades de cada una de ellas en cada sub región del altiplano. En el Altiplano Norte, las comunidades de Pampa Belén, (municipio de Achacachi), Patarani (municipio de Guaqui) y

Titikani Takaka (municipio de Jesús de Machaqa); en el departamento de La Paz. En el Altiplano Central las comunidades de *Ayllu Jila Taypi Uta Collana* (municipio de Curahuara de Carangas) y *Callapa Abajo Primero* (municipio de Huari); en el departamento de Oruro y en el Altiplano Sur las comunidades de *Cancha Pujru*, *Cocha Pampa*, *Huayraña* e *Iruja Falsuri* en el Departamento de Potosí.

La metodología del estudio del año 2004 combinó el enfoque cuantitativo con entrevistas, revisión de expedientes y archivos y estudios de caso. A diferencia del estudio de la Fundación TIERRA del año 2004, en la investigación de la Universidad Católica de 1976 no se hizo entrevistas en profundidad, ni estudios de caso.

Nos ha sorprendido positivamente el alto grado de coincidencias en alguna información obtenida en ambos estudios, especialmente en las superficies cultivadas y en los ingresos obtenidos por cada familia, tomando en cuenta que han transcurrido treinta años. Los datos nuestros también coinciden con los del estudio de CIPCA del año 2005 (Mejillones, 2005) y el realizado al sur del Perú en el año 1995 por Volkmar Blum.

El objetivo de esta comparación entre dos períodos de tiempo, es ver cuales son los principales cambios producidos en la economía de las familias campesinas especialmente referidos a la tenencia y uso de la tierra. Aunque desde las ciudades pareciera que el paisaje rural es el mismo, la vida en las comunidades del altiplano cambia constantemente, aunque es un cambio lento, muy gradual y casi imperceptible a los ojos de los viajeros que solo pasan o atraviesan las provincias, cantones, municipios, comunidades y *ayllus* con destino a otras ciudades o poblaciones. Pero hay otras cosas sorprendentes que no cambian, como el promedio cultivado por familia cada año que se mantiene relativamente constante en una hectárea y media. Esto no quiere decir que la tierra en el altiplano sobra o es suficiente y menos aún que no existe minifundio en la región. Todo lo contrario. En el altiplano la situación de minifundio está ampliamente generalizada ya que el trabajo específicamente agrícola de la tierra no permite a las familias reproducirse. Por eso se ven obligadas a diversificar al máximo sus actividades productivas y de empleo tanto dentro del área rural como en las vecindades urbanas. En otros casos se tiende mas bien a una especie de especialización productiva combinada con la diversificación del riesgo. Pero esta situación de minifundización

extendida en todo el altiplano -especialmente en el altiplano norte- encuentra una importante racionalidad económica familiar al asignar fuerza de trabajo y tierra en proporciones relativamente constantes en el tiempo dadas ciertas condicionantes del entorno. Este análisis se realiza a continuación de manera puntual apoyado en datos y fuentes de información altamente fiables.

En la presentación de este trabajo narré mi relación con el campo desde la infancia y los efectos de la Reforma Agraria en mi familia. También relaté diferentes momentos importantes en el desenvolvimiento de las organizaciones campesinas, sus propuestas, liderazgos, luchas y movilizaciones, entrelazadas con momentos particulares de mi propia experiencia, como militante político, funcionario público, en tanto que investigador y activista de la Reforma Agraria y el desarrollo rural. La comparación de la información obtenida en el estudio de la Universidad Católica en 1976 con los hallazgos de este análisis realizado ahora por la Fundación TIERRA en el año 2004 puede ser enriquecida al leer simultáneamente mi narrativa personal.

6.1. DESPUÉS DE TRES GENERACIONES, LOS NIETOS TIENEN POCA TIERRA, CASI TODA EN PROPIEDAD/GESTIÓN INDIVIDUAL Y SE OPONEN A LA TITULACIÓN SÓLO COLECTIVA

Hoy, después de más de medio siglo, los protagonistas de la Reforma Agraria están en su mayoría bordeando los 70 u 80 años y muchos de ellos ya han muerto. Muy pocos de los hijos y nietos que han heredado la tierra han podido actualizar sus derechos propietarios, sin embargo son dueños de hecho de la tierra porque aunque no posean papeles para demostrarlo apelan a la fuerza de la tradición de los usos y costumbres.

El número de nietos que viven en el campo es cada vez menor. Muchos son ahora Alteños -de la ciudad de El Alto- o viven en las laderas de la ciudad de La Paz como trabajadores informales, otros han emigrado principalmente a Santa Cruz o al Chapare, o a países vecinos como la Argentina. Una buena parte estudia en las Normales de Maestros y en las Universidades públicas de La Paz y El Alto. A pesar de todo, la población rural en el altiplano -que vive en el campo en poblados menores a 2.000 habitantes- ha con-

tinuado creciendo. Hace medio siglo la población indígena campesina del altiplano boliviano era de 1.106.719 habitantes, en el año 2001 alcanzaba a 1.424.010 (INE, 2001). En los últimos cincuenta años la población rural del altiplano ha crecido cerca de 30%, aunque en el último tiempo el crecimiento anual solo ha sido del 1.25%. Contrariamente, hace medio siglo la población de El Alto -ciudad intermedia entre el altiplano y la ciudad de La Paz- tenía apenas unos 10.000 habitantes y ahora bordea el millón siendo la mayoría, el 80% ex campesinos migrantes del altiplano.

La Ley de tierras en aplicación desde 1996 buscaba el fortalecimiento de las comunidades mediante la conversión del derecho de propiedad privada de la tierra -otorgada por la Reforma Agraria del 53- a propiedad comunitaria colectiva. Para ello los derechos privados e individuales de las parcelas familiares debían haber sido cedidos a beneficio de las comunidades. Esta era y es aún -paradójicamente- una de las causas que determinó el rechazo a la ley: las familias del altiplano no quieren ceder sus derechos a favor de la comunidad.

En general, en el altiplano, pero más específicamente en la zona norte, la gran mayoría de los nietos de la Reforma, especialmente los miles de residentes que viven en las ciudades de El Alto o La Paz, no quieren propiedad comunitaria de las tierras; exigen consolidar la propiedad privada de las mismas en el marco de complejas normas comunales de control que varían de una región a otra. Las demandas por titulación de territorios indígenas o TCO del altiplano no son propuestas económicas de gestión territorial, sino principalmente reivindicaciones políticas de autogobierno indígena.

6.2. A PESAR DE LA PRESIÓN PROVOCADA POR LA SUCESIÓN HEREDITARIA Y LA MIGRACIÓN, LA SUPERFICIE PROMEDIO CULTIVADA POR FAMILIA SE MANTIENE CONSTANTE EN UNA HECTÁREA Y MEDIA DESDE HACE TRES DÉCADAS

Desde hace 30 años, el promedio de la superficie total cultivada por familia se mantiene constante en una hectárea y media: 1.67 Has. el año 2004, casi igual a las 1.46 Has. cultivadas hace 3 décadas. Se estaría ante una

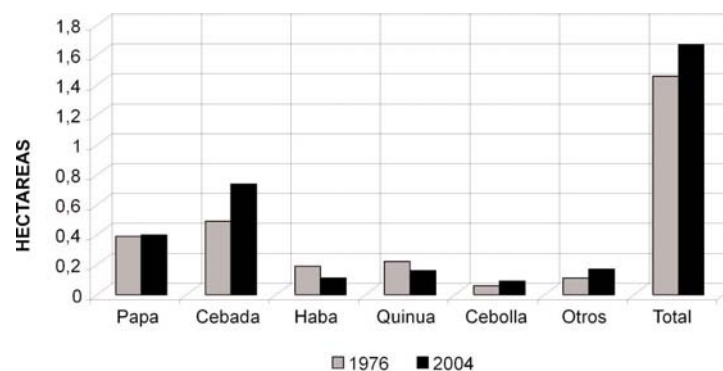
situación de utilización plena del recurso productivo tierra, por lo menos desde hace treinta años (Cuadro N° 28)⁷³.

Cuadro N° 28
Superficie sembrada por productos 1976-2004 (En Has.)

	Número de casos (Familia)		Sup. cultivada		Sup. Promedio		Sup. % del total	
	1976	2004	1976	2004	1976	2004	1976	2004
Papa	283	255	111,19	102,93	0,39	0,40	35	33
Cebada (forrajes)	253	195	123,92	145,09	0,49	0,74	39	46
Haba	198	93	38,58	10,49	0,19	0,11	11	3
Quinua	129	33	28,77	5,15	0,22	0,16	9	2
Cebolla	33	3	2,03	0,26	0,06	0,09	1	0
Otros	143	310	15,70	51,55	0,11	0,17	5	16
Total			320,19	315,47	1,46	1,67	100	100

Fuente: Urioste, 1989 y Encuesta Fundación TIERRA, 2004.

Gráfico N° 35
Superficie sembrada por productos 1976-2004 (En Has.)



Fuente: Urioste, 1989 y Encuesta Fundación TIERRA, 2004.

⁷³ Los datos de 1976 se refieren al Altiplano Norte, mientras que los de 2004 comprenden el conjunto de comunidades estudiadas del Altiplano.

Esto pondría en duda algunos supuestos relativos al "surcofundio", entendido como la muy extrema parcelación de tierras apenas suficiente para unos cuantos surcos de cultivo. El surcofundio no existe, por lo menos no como realidad material de uso del suelo. Puede ser que -excepcionalmente- esté registrado en algunos papeles de sucesión o de compra-venta. Está muy presente en el estado anímico de los herederos a partir de una supuesta subdivisión aritmética de la tierra -entre todos por igual- durante las tres últimas generaciones⁷⁴.

Si el abuelo recibió 5 hectáreas en 1953 y tuvo cinco hijos y cada hijo a su vez otros cinco hijos (los nietos), esa parcela de 5 hectáreas se habría subdividido 25 veces quedando a cada nieto apenas 2.000 metros cuadrados. Esta extrema subdivisión sucede en la realidad, pero la "asignación" de esas pequeñas parcelas es negociada entre los herederos hasta reconstruir unidades relativamente manejables que permiten cultivos de aproximadamente una hectárea y media (en base a micro parcelas dispersas). Los productores agropecuarios del altiplano son actores económicos racionales y utilizan eficientemente sus escasos recursos, construyendo equilibrios más o menos duraderos que combinan mano de obra y tierra disponibles.

Es posible imaginar diferentes explicaciones al por qué la superficie cultivada de una hectárea y media se mantiene constante en el tiempo:

- En las recurrentes y adversas condiciones productivas del altiplano -climáticas y tecnológicas y sin acceso al riego y a la mecanización- la mayor superficie de tierra que puede realmente trabajar agrícolamente una familia sería de una hectárea y media por año, y no más.
- Los mecanismos comunales de igualación y control de la "riqueza" de los miembros de la comunidad impiden un mayor acceso a tierra por parte de comunarios eventualmente exitosos o más pudientes.

⁷⁴ Citando a Caballero y Álvarez (1980), el estudioso de la cuestión campesina peruana Blum (1995) Op. Cit. señala que en la región de la sierra sur del Perú ya en los años 60 se consideraba improbable una expansión de las áreas de cultivo andinas. Al mismo tiempo Caballero también demuestra que el crecimiento de escasas superficies utilizables puede ser idéntico a la sobre explotación y a los consiguientes rendimientos decrecientes de la tierra. El rendimiento del suelo solo puede mantenerse empleando fertilizantes y solo es posible ampliar la producción si los campesinos emplean maquinaria durante los períodos picos de trabajo en época de siembra. La superficie promedio cultivada por familias que tienen poca tierra en la sierra sur del Perú (que corresponde al altiplano norte de Bolivia) era de 1.30 hectáreas en 1980. Las coincidencias en los datos entre el altiplano del Perú y el de Bolivia, así como en los períodos estudiados, son altamente significativas.

- El acceso a más tierra se da por la aceleración del ritmo de rotación de los cultivos o la eliminación del descanso de la tierra, al no haberse constatado una significativa ampliación de la frontera agrícola en el altiplano en las últimas décadas, es decir que no se habría incorporado nueva tierra por la vía de habilitación de terrazas, laderas y otras.

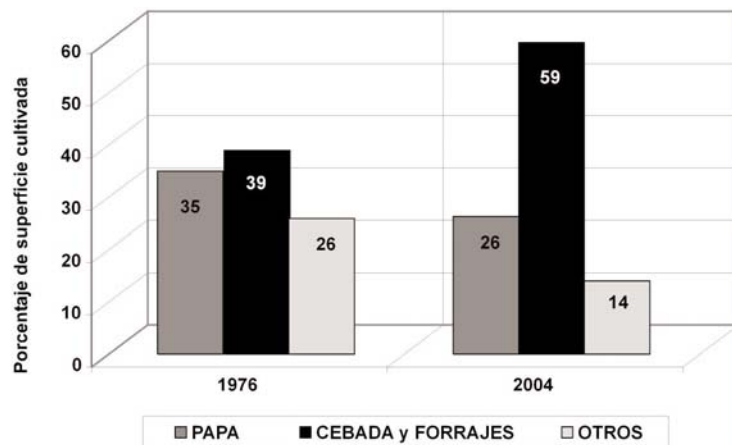
Esta disponibilidad promedio de una hectárea y media cultivada por familia se mantiene estable gracias a la expulsión migratoria de la mano de obra excedente, es decir que una hectárea y media es el saldo neto disponible de tierra por familia que vive en el campo sin importar a cuantos hermanos o hermanas pertenece la tierra -medida individualmente según heredero- ni de cuantas micro parcelas dispersas quedan en el fundo. La superficie cultivada por familia que vive en el campo se mantiene constante. La variable de ajuste es la migración.

6.3. LA ECONOMÍA FAMILIAR AGROPECUARIA ES MIXTA, PERO LA TIERRA SE DESTINA CADA VEZ MÁS A PRODUCIR FORRAJES Y LA GANADERÍA LECHERA ESTÁ DESPLAZANDO AL CULTIVO DE LA PAPA PRINCIPALMENTE EN EL ALTIPLANO NORTE

Hace 30 años en el Altiplano Norte cada familia destinaba el 35% de sus tierras cultivadas a la producción de la papa y únicamente el 39% a la cebada. Ahora esa proporción -en el caso de la cebada- ha variado de manera significativa ya que ha aumentado al 59% (Gráfico N° 36).

Gráfico N° 36

Porcentaje de superficie cultivada por producto. Altiplano Norte



Fuente: Urioste, 1989 y Encuesta Fundación TIERRA, 2004.

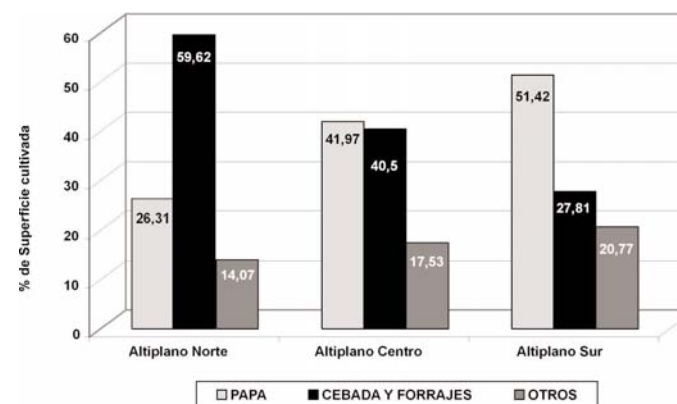
Actualmente la cebada y los forrajes se han convertido en el principal cultivo del Altiplano Norte, lo que da cuenta del cambio de vocación productiva: de la agricultura, a la ganadería lechera (Gráfico No. 37). Obviamente se trata de una economía campesina mixta agrícola-ganadera que vive una tendencia de cambio hacia la especialización -que aparentemente continuará acentuándose- y es resultado de una combinación de factores. En el pasado el trabajo del propio Estado a través de la creación de la Planta Industrializadora de Leche (PIL) vía la Corporación Boliviana de Fomento (CBF) en la década de los cincuenta, el proyecto Ingavi apoyado por el Banco Mundial en la década de los 70, y más recientemente el estímulo de algunas ONG como CIPCA y SEMTA en la década de los 80 y particularmente el Programa de Desarrollo Lechero del Altiplano (PDLA), ejecutado por el Ministerio de Agricultura con apoyo de DANIDA, desde hace una década.

La diferencia entre Altiplano Norte y Centro es grande: en el Centro, se destina al cultivo de la cebada sólo el 40,5% de la superficie sembrada, como hace tres décadas ocurría en el Altiplano Norte. Adicionalmente, la mayor proporción de tierras del Altiplano Central es apta para el pastoreo

extensivo de ganados, aunque la frecuencia de heladas es mayor y hay poca agua para el riego de cultivos forrajeros.

Gráfico N° 37

Principales cultivos del Altiplano. Año 2004



Fuente: Encuesta Fundación TIERRA, 2004.

Si ahora hay en el altiplano mayor producción de forrajes e igual superficie destinada a los cultivos de papa, (ver cultivo de papa Gráfico N° 35) cabrían dos interpretaciones. Por un lado que la producción neta del volumen de papa en el altiplano es un poco mayor que antes debido a incrementos en la productividad por mejor manejo de variedades semilleras, incorporación de nutrientes orgánicos o químicos y plaguicidas, o por el otro, que la producción neta de papa en el altiplano se ha mantenido constante en las últimas décadas y que la demanda de los mercados urbanos -ahora con mayor demanda de papa- habría sido satisfecha por la producción en otras regiones, especialmente de los valles, o por la libre importación del Perú (sierra Sur). El Gráfico N° 35 muestra que se mantiene igual el porcentaje de tierra destinada al cultivo de papa y aumenta el de forraje; pareciera que se ha dejado de sembrar otros cultivos menores destinados al autoconsumo y este espacio de tierra hubiese sido ocupado por el forraje, dando la impresión de que ahora las familias campesinas basan su subsistencia más en la venta de productos y no tanto en la producción para el consumo familiar directo.

La producción de forrajes en el contexto de una tendencia hacia el monocultivo en tierras históricamente dedicadas a una agricultura diversificada -durante muchos siglos- puede traer efectos ambientales y socioeconómicos que no se han estudiado aún. Esos efectos serán tanto a nivel de capacidades de los nutrientes de los suelos, como de la dieta alimenticia local, formas de rotación de los cultivos y acortamiento de los ciclos, cambios en la organización de la producción con una tendencia cada vez mayor a la individualización de la actividad económica y disminución de la solidaridad comunal, dependencia de precios externos que el productor de leche no controla, mayor monetización de la actividad económica y privatización plena de la propiedad de la tierra⁷⁵.

En 30 años se habría más que duplicado el promedio de cabezas de ganado vacuno por familia en el Altiplano Norte. Mientras hace más de un cuarto de siglo el promedio de vacunos por familia era de apenas 2.7, ahora en el año 2004 ese número asciende a 6, aunque hay familias que poseen hasta 20 vacas lecheras. De acuerdo a las familias entrevistadas, también habría aumentado el número de cabezas de ganado ovino (de 13.5 a 16), y de camélidos (de 0.9 a 5) (Cuadro N° 29).

Cuadro N° 29
Altiplano Norte. Animales domésticos por familia y especie

	Cabezas/familia		En porcentajes	
	1976	2004	1976	2004
Vacunos	2,7	6	12%	18%
Ovinos	13,5	16	60%	47%
Camélidos	0,9	5	4%	15%
Porcinos	2,0	3	9%	9%
Equinos (burros)	0,8	s/d	4%	
Aves	2,5	4	11%	12%
TOTALES	22,4	34	100%	100%

Fuente: Urioste, 1989 y Encuesta Fundación TIERRA, 2004.

⁷⁵ Se agradece a Lourdes Córdova por compartir con nosotros su larga experiencia de apoyo a los productores de leche del altiplano.

En el Altiplano Central la media familiar de vacunos es de 5, de ovinos es de 61 y de camélidos es de 169 -aunque esta última cifra recogida en la encuesta del 2004 parece muy alta- que muestra claramente la creciente importancia de la ganadería en general. En esta región existen familias que son dueñas de hasta 250 ovejas o de hasta 500 llamas. Por lo general estas familias "llameras" son clasificadas como muy tradicionales o sin acceso a tecnología moderna y probablemente con praderas y clima aptos sólo para el pastoreo y definitivamente no tienen potencial agrícola⁷⁶. En el Altiplano Sur el promedio de bovinos por familia es de 3 de ovinos es de 31 y de camélidos es de 7 (Cuadro N° 30).

Cuadro N° 30
Altiplano Centro y Sur. Animales domésticos por familia y especie.

	Cabezas/familia	En porcentajes
Altiplano Centro	247	100%
Vacunos	5	2%
Ovinos	61	25%
Camélidos	169	68%
Porcinos	4	2%
Equinos (burros)	4	2%
Aves	4	2%
Altiplano Sur	50	100%
Vacunos	3	6%
Ovinos	31	62%
Camélidos	7	14%
Porcinos	3	6%
Equinos (burros)	2	4%
Aves	4	8%

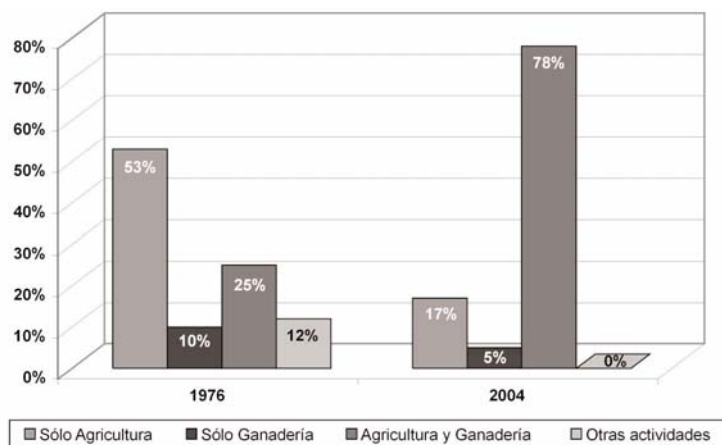
Fuente: Encuesta Fundación TIERRA, 2004.

Los datos de la encuesta de 1976 mostraban que el 53% de las familias entrevistadas en el Altiplano Norte se dedicaban sólo a la agricultura. Ahora únicamente el 17%. El año 1976 el 10% de los entrevistados informaba que se dedicaba exclusivamente a la ganadería, ahora el 5%. Pero el dato más

⁷⁶ Recién en los últimos años se está destinando fibra de lana de llama para hilados y tejidos lo que incrementa su valor, especialmente en mercados fronterizos del Perú, pero además en la última década la carne de llama ha dejado de ser solamente un alimento de segunda categoría para consumo del campesino en el altiplano y en varios restaurantes de la ciudad de La Paz es un producto selecto y muy caro. Existen experiencias todavía parciales de exportación de esta carne, muy valorada por su bajo contenido en grasa y agradable sabor.

revelador es que mientras hace 30 años sólo el 25% se dedicaba a alguna combinación de agricultura y ganadería, en el Altiplano Norte, ahora lo hacen el 78%. El año 2004, tres cuartos de la población de esta región informa que se dedica a una combinación de actividades de agricultura y ganadería. Se trata entonces de una economía mixta con marcada tendencia a la ganaderización lechera, en las regiones donde es posible el cultivo de forrajes (Gráfico N° 38).

Gráfico N° 38
Porcentaje de familias según principal actividad económica 1976 y 2004.
Altiplano Norte



Fuente: Urioste, 1989 y Encuesta Fundación TIERRA, 2004.

Estas tendencias se confirman si observamos el comportamiento productivo de los suelos en todo el altiplano el año 2004. El 31% destina sus tierras sólo a la agricultura, el 17% sólo a la ganadería mientras que el 47% a una combinación de agricultura y ganadería⁷⁷ (Cuadro N° 31).

⁷⁷ "La mayoría de las unidades campesinas de la zona (Pacajes, en el altiplano central) se ven forzadas a intensificar la utilización agrícola de sus tierras y a elevar la presión ganadera sobre las mismas, como resultado de la disminución de la disponibilidad del recurso por unidad familiar. La competencia entre agricultura y ganadería está ocasionando disminución en la productividad, aumento en los riesgos agrícolas y aceleramiento en el deterioro del medio ambiente. Esta situación de crisis de la economía campesina de la zona, se identifica como la causa principal de migración" (Birbuet, 1986).

Cuadro N° 31
Número de familias según principal actividad económica.
Año 1976 y 2004 (En porcentajes)

	1976	2004			Total
	Altiplano Norte	Altiplano Norte	Altiplano Centro	Altiplano Sur	
Sólo Agricultura	53%	17%	28%	63%	31%
Sólo Ganadería	10%	5%	49%	4%	17%
Agricultura y Ganadería	25%	78%	5%	27%	47%
Otras actividades	12%	0%	17%	5%	6%
(Número de familias)	291	153	81	73	307
Total	100%	100%	100%	100%	100%

Fuente: Urioste, 1989 y Encuesta Fundación TIERRA, 2004.

Dentro del sistema mixto agrícola-ganadero, se observa una tendencia a la especialización productiva -en primer lugar la ganadería lechera y en segundo el cultivo de la papa-, que puede ser explicada por un conjunto de factores concurrentes:

- El riesgo climático de heladas y sequías es mayor en la actividad agrícola que en la pecuaria. La ganadería lechera es menos riesgosa que la agricultura, por tanto, aunque el rendimiento de la lechería en el corto plazo es menor que el del cultivo de la papa, es preferible sembrar forrajes y vender leche.
- El crecimiento acelerado de la población urbana de las ciudades de El Alto y La Paz ha generado una creciente y sostenida demanda por leche y es un estímulo a la producción forrajera y a la cría de ganado lechero.
- La municipalización iniciada en 1994, junto con la expansión de los desayunos escolares municipales en base a leche y sus derivados, aumentan la demanda por leche producida en el altiplano.
- La Planta Industrializadora de Leche (PIL), ha generado mayor estabilidad en la demanda y en los precios, que son muy apreciados por los productores, a pesar de que el precio del litro puesto en finca es muy

bajo (1.40 Bs al tipo de cambio de 8 bolivianos por 1 dólar). Los sistemas de acopio de leche garantizan un ingreso monetario mensual, fijo y estable para cada familia.

- Se está introduciendo ganado lechero mejorado, especialmente del Perú, mediante cruces de razas criollas y de mayor productividad.
- La principal mercancía de intercambio monetario en todas las ferias del altiplano son las vacas, bueyes y toros de raza criolla mejorada. En menor medida otros animales como llamas, ovejas y burros.
- Al envejecer las familias -como efecto de la migración de los jóvenes- la fuerza productiva resultante ya no es tan apta para actividades agrícolas que requieren mayor intensidad en el uso de la mano de obra. En cambio las familias adultas-viejas, particularmente las mujeres, pueden atender hatos ganaderos estabulados.
- Las tierras no cultivadas pertenecientes a residentes estarían siendo habilitadas como tierras de pastoreo y de siembra de forrajes a favor de algunos comunarios, mediante acuerdos de alquiler entre vecinos y redes de parentesco, aspecto que será ampliado más adelante.

6.4. LAS FAMILIAS QUE VIVEN EN EL ALTIPLANO SON CADA VEZ MÁS PEQUEÑAS Y LAS PERSONAS SON MÁS ANCIANAS-ADULTAS. CASI NO HAY JÓVENES

Según los datos de la encuesta del año 1976, en el Altiplano Norte el tamaño promedio de la familia biológica -nacidos vivos- era de 5.67, mientras que el tamaño de la familia tipo, que permanecía en el campo y vivía bajo un mismo techo, era de 4.93, es decir de 5 personas, los dos padres y tres hijos.

Tres décadas después el tamaño promedio de la familia biológica⁷⁸ prácticamente no habría cambiado (5.67 a 5.63), pero los emigrantes por

⁷⁸ La familia biológica está conformada por los padres y sus hijos nacidos vivos, no importa si viven en la comunidad con los padres o no, si han emigrado o no.

familia han aumentado y de esa manera la familia tipo se ha reducido de 4.93 a 4.17 (Cuadro N° 32).

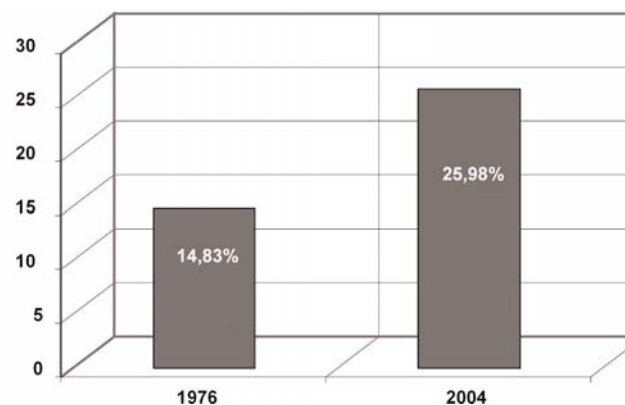
Cuadro N° 32
Tamaño de la familia campesina en el altiplano

N°		1976	2004			Total
		Altiplano Norte	Altiplano Norte	Altiplano Centro	Altiplano Sur	
1	N° hogares encuestados	292	153	81	73	307
2	Número de miembros	1.439	656	361	262	1.279
3	Total población	1.439	656	361	372	1.279
4	Emigrantes definitivos	246	244	115	90	449
5	Total familia biológica (3+4)	1.658	900	476	352	1.728
6	Tamaño promedio de hogar (3/1)	4.93	4.28	4.46	3.59	4.17
7	Tamaño promedio biológico (5/1)	5.67	5.88	5.88	4.82	5.63

Fuente: Urioste, 1989 y Encuesta Fundación TIERRA, 2004.

En 1976 el total de las familias entrevistadas declaraban que tenía un 14.83% de emigrantes definitivos, actualmente esa cifra asciende al 25.98% (Gráfico N° 39).

Gráfico N° 39
Porcentaje de Migrantes por familia



Fuente: Urioste, 1989 y Encuesta Fundación TIERRA, 2004.

Los que se van son los jóvenes -hombres y mujeres- y quedan en la comunidad las personas más adultas, que se dedican principalmente a la cría de ganado y en menor medida a cultivar papa. Las comunidades se descapitalizan en términos de sus principales activos: recursos humanos jóvenes calificados. La población absoluta ha seguido creciendo pero el tamaño de las familias es menor. Hay mayor número de familias, pero más pequeñas y más viejas.

En relación al tamaño de las familias⁷⁹ encontramos que mientras que en 1976 el 51% de los entrevistados decían que sus familias (padres e hijos) eran de hasta 6 personas, actualmente esa proporción ha bajado al 39%. En la actualidad son menos las familias que declaran ser numerosas y que viven en el altiplano (Cuadro N° 33).

Cuadro N° 33

Tamaño de la familia que vive en el altiplano (En porcentajes)

	1976	2004			
	Altiplano Norte	Altiplano Norte	Altiplano Centro	Altiplano Sur	Total
Hasta 3 personas	27%	44%	41%	53%	45%
Hasta 6 personas	51%	39%	42%	37%	39%
Hasta 10 personas	22%	17%	17%	10%	16%
Total	100%	100%	100%	100%	100%

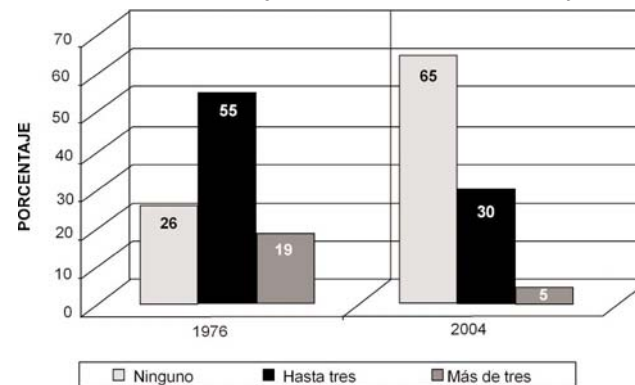
Fuente: Urioste, 1989 y Encuesta Fundación TIERRA, 2004.

La distribución de habitantes por género no ha tenido ninguna variación relevante. En 1976 la relación era 52% de población masculina frente al 48% de población femenina. El año 2004 el promedio de las tres regiones estudiadas es de 50.7% de hombres frente a un 49.3% de mujeres. En otro capítulo se ampliará el tema.

Existen diversas variaciones en torno a las estructuras de edad dentro de las familias (Gráfico N° 40).

⁷⁹ La categoría "Tamaño de la familia" considera sólo a los miembros de la familia en edad de trabajar, es decir, todos los mayores de 12 años. Aunque es evidente que en el altiplano los niños ayudan a sus padres en el trabajo, parece conveniente incluir como productores únicamente a los adolescentes y adultos. A los 12 años generalmente los niños ya han dejado la escuela primaria y, si se quedan junto a la familia, se incorporan completamente al proceso productivo.

Gráfico N° 40
Número de familias con hijos menores de 12 años. 1976 y 2004



Fuente: Urioste, 1989 y Encuesta Fundación TIERRA, 2004.

Mientras en 1976 únicamente el 26% de los jefes de familia entrevistados declaraba que no tenía ningún hijo menor a los doce años, ahora esa proporción se ha duplicado ya que el 59% de las familias que viven en el Altiplano Norte declara que no tiene ningún hijo menor de doce años viviendo en el hogar y el 65% en el altiplano en general (Cuadro N°. 34). Es notable cómo en el Altiplano Sur el 88% de las familias dice que no tienen ningún hijo menor de doce años viviendo en la comunidad.

Mientras que en 1976, el 55% de las familias tenía hasta tres hijos menores de doce años, ahora en el 2004 ese porcentaje baja notablemente al 30%. Ahora es mucho mayor el número de familias con muy pocos hijos menores.

Cuadro N° 34
Número de familias con hijos menores de 12 años
(En porcentajes)

	1976	2004			Total
	Altiplano Norte	Altiplano Norte	Altiplano Centro	Altiplano Sur	
Ninguno	26%	59%	56%	88%	65%
Hasta tres	55%	35%	42%	8%	30%
Más de tres	19%	6%	2%	4%	5%
Total	100%	100%	100%	100%	100%

Fuente: Urioste, 1989 y Encuesta Fundación TIERRA, 2004.

Los hijos e hijas mayores a los doce años que viven con sus padres en el campo, de alguna manera, forman parte de la población económicamente activa en el área rural y ahora en el año 2004 son bastante menos que en el año 1976. En otras palabras, hace 30 años había más jóvenes (mayores de 12 años) que formaban parte de la fuerza de trabajo familiar (Cuadro N°. 35).

Cuadro N° 35
Número de familias con hijos mayores de 12 años
(En porcentajes)

	1976	2004			Total
	Altiplano Norte	Altiplano Norte	Altiplano Centro	Altiplano Sur	
3 personas o menos	26%	44%	41%	53%	45%
De 4 a 6 personas	51%	39%	42%	37%	39%
7 personas o más	22%	18%	17%	10%	16%
Total	99%	101%	100%	100%	100%

Fuente: Urioste, 1989 y Encuesta Fundación TIERRA, 2004.

Hace 30 años la población joven hasta los 29 años -en el Altiplano Norte- era el 13%, la población adulta entre 30 y 49 años era el 57% y la población mayor a 50 años era el 30%. Actualmente los jóvenes son apenas el 8% en el norte, únicamente el 4% en el centro y el 1% en el sur. La diferencia está sobre todo en el Altiplano Central y Sur (Cuadro N° 36).

En las tres regiones del altiplano más del 90% de las familias entrevistadas declara pertenecer a las dos categorías sumadas de familias adultas y de ancianas. Si tomamos en cuenta únicamente a las familias ancianas en el Altiplano Norte y Central son el 52% mientras que en el Altiplano Sur sólo el 37%. Puesto que el Altiplano Sur expulsa más emigrantes jóvenes, se deduce entonces que allí estaría concentrada una proporción mayor de la población vieja del altiplano (62% de familias adultas más 37% de familias ancianas) (Cuadro N° 36).

Cuadro N° 36
Edad de familias según superficie cultivada, tecnología productiva y nivel de ingresos
(En porcentajes)

	1976				2004			
	Familias pequeñas	Familias medianas	Familias grandes	Totales	Familias pequeñas	Familias medianas	Familias grandes	Totales
ALTIPLANO NORTE	100%	100%	100%	100%	100%	100%	100%	100%
1) Jóvenes	16	7	22	13	7%	6%	13%	8%
2) Adultas	50	62	64	57	26%	45%	53%	40%
3) Ancianas	34	31	14	30	67%	49%	34%	52%
ALTIPLANO CENTRO					100%	100%	100%	100%
1) Jóvenes					0%	7%	4%	4%
2) Adultas					30%	33%	69%	44%
3) Ancianas					70%	59%	27%	53%
ALTIPLANO SUR					100%	100%	100%	100%
1) Jóvenes					5%	0%	0%	1%
2) Adultas					42%	74%	57%	62%
3) Ancianas					53%	26%	43%	37%

1) Jóvenes: Hasta 29 años

2) Adultas: Entre 30 y 49 años

3) Ancianas: Mayores a 50 años

Fuente: Urioste, 1989 y Encuesta Fundación TIERRA, 2004.

6.5. LOS JÓVENES -MÁS CAPACES Y EMPRENDEDORES- SE VAN A LAS CIUDADES, EN PRIMER LUGAR PARA TRABAJAR PERO TAMBIÉN PARA ESTUDIAR

Hace 30 años las posibilidades y atractivos de emigración a otras áreas rurales eran ciertamente mayores. En esa época, todavía estaba activo el Instituto Nacional de Colonización y regiones como Caranavi y Alto Beni en el Norte de La Paz o San Julián y Brecha Casarabe en Santa Cruz o finalmente el Chapare en Cochabamba, eran zonas donde se podía conseguir un terreno y dedicarse a la agricultura o complementariamente al cultivo de la coca. Ahora eso ya no es posible. Desde el inicio de los años 90 no existe en Bolivia ninguna política pública que estimule o intente ordenar los flujos migratorios. Al contrario, los programas de asentamientos humanos han sido suspendidos pensando erróneamente que eso frenaría las migraciones. En unos casos porque se asocia a los migrantes del altiplano con el cultivo de la hoja de coca y en otros casos porque potenciales áreas de asentamientos han sido declarados territorios indígenas (TCO), pero principalmente parques, reservas o áreas de protección ecológica en las que no se admiten colonizadores del altiplano. Podría decirse también que algunas áreas de reserva forestal en el oriente han sido creadas principalmente para frenar los asentamientos de agricultores pobres emigrantes de la región andina.

Hace 30 años el 77% de los entrevistados declaraba que sus familiares emigraban a la ciudad de La Paz o a El Alto y el resto a otras áreas rurales. Ahora ese porcentaje ha subido al 80% (Cuadro N° 37). Posiblemente esto tenga que ver inclusive con el hecho de que el principal destino de las migraciones al oriente es ahora la ciudad de Santa Cruz y no las áreas rurales de este departamento debido al establecimiento de políticas restrictivas para los asentamientos agrícolas de colonizadores del altiplano (Urioste y Pacheco, 2000).

Cuadro N° 37
Destino de los emigrantes temporales 1976-2004
(En porcentajes)

	1976	2004
ÁREA URBANA	77%	80%
La Paz	77%	
ÁREA RURAL	23%	20%
Valles	3%	
Colonización	9%	
Altiplano	4%	
Otro lugar	8%	
TOTALES	100%	100%

Fuente: Urioste, 1989 y Encuesta Fundación TIERRA, 2004.

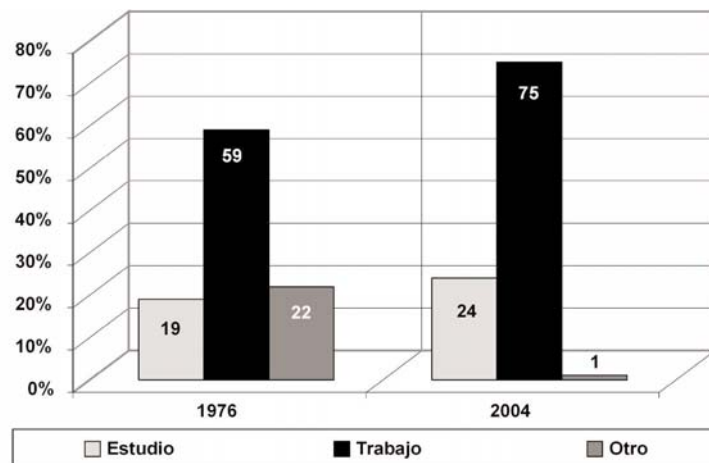
Hace 30 años en el Altiplano Norte el 19% de la población entrevistada señalaba que se iba del campo para estudiar en la ciudad. Ahora (año 2006) esta proporción ha aumentado un poco al 24% en promedio en todo el altiplano. Por eso la proporción de los que emigran para trabajar junto con "otras actividades" baja un poco: $59+22=81\%$ en 1976 y $74+1=75\%$ en el año 2006. (Cuadro N° 38).

Cuadro N° 38
Motivo de la migración definitiva por año y áreas. Años 1976 y 2004
(En porcentajes)

	1976	2004			
	Altiplano Norte	Altiplano Norte	Altiplano Centro	Altiplano Sur	Total
Estudio	19%	25%	25%	18%	24%
Trabajo	59%	74%	75%	79%	75%
Otras actividades	22%	1%	0%	3%	1%
Total	100%	100%	100%	100%	100%

Fuente: Urioste, 1989 y Encuesta Fundación TIERRA, 2004.

Gráfico N° 41
Motivo de la migración definitiva por año y áreas. Años 1976 y 2004
(En porcentajes)



Fuente: Urioste, 1989 y Encuesta Fundación TIERRA, 2004.

El cargo de profesor, maestro, es altamente apetecido por los hijos de los campesinos, puesto que da prestigio y garantiza un salario de por vida. Los magros ahorros que se producen en la actividad agropecuaria son destinados fundamentalmente a la educación de los hijos e hijas (Bebington, 2002). Muchas ONG están trabajando sin saberlo y sin quererlo, desde hace décadas, para que los recursos humanos mejor dotados de las comunidades del altiplano -mujeres y hombres- emigren. En las encuestas del año 1976 no existían familias que indicaban que sus hijos se iban para estudiar en las normales para ser maestros. Ahora el 4% de los migrantes del Altiplano Norte han emigrado específicamente para estudiar el magisterio (Cuadro N° 39).

Hace 30 años sólo el 9% de la población migrante había emigrado para trabajar como trabajadora del hogar, ahora ese porcentaje se habría incrementado llegando al 14% (Cuadro N° 39). Esta actividad es la principal fuente de trabajo para las muchachas, nietas de la Reforma Agraria que han dejado el altiplano -algunas de ellas bachilleres- para emplearse como cocineras y niñeras "cama adentro", es decir a tiempo completo durante seis días a la semana por un salario que fluctúa entre los 50 o 70 dólares al mes.

Ciertamente una miseria, pero bastante más de lo que las tierras de sus familias les pueden dar en cada cosecha. Las mujeres migrantes también se dedican al comercio minorista. La proporción de emigrantes que se dedicaban al trabajo de albañilería era en 1976 mucho mayor 37%, en cambio ahora solamente es del 4%.

Cuadro N° 39
Tipo de actividad de emigrantes temporales. Años 1976 y 2004

	Ocupación de migrantes		En porcentajes	
	1976	2004	1976	2004
Estudiante		100		22%
Comercio		68		15%
Agrícola familiar	25	56	16%	12%
Oficios (carpintero, sastre, mecánico)		47		10%
Empleado		40		9%
Transporte (chofer, ayudante)		22		5%
Otro trabajo	45	21	29%	5%
Albañil	57	18	37%	4%
Profesor (a)		16		4%
Empleada Doméstica	14	61	9%	14%
Cargador	14		9%	
TOTALES	155	449	100%	100%

Fuente: Urioste, 1989 y Encuesta Fundación TIERRA, 2004.

6.6. LOS CICLOS DE ROTACIÓN SE HAN REDUCIDO Y LA TIERRA YA NO DESCANSA

Se está dando un proceso acelerado de erosión de los suelos del altiplano (Super Intendencia Agraria 2004). En regiones de cultivo a secano lo usual en el pasado era que cada parcela se sometiera a un ciclo relativamente rígido de rotación de cultivos en los que se alternaban por tres o cuatro años los tubérculos, las leguminosas y los granos, después de los cuales la parcela o *sayaña* entraba en un largo período de descanso que podía durar hasta

doce años. Sin embargo ahora la práctica de descanso de tierras está desapareciendo.

Hace 30 años, en el Altiplano Norte únicamente el 36% de familias indicaba que no tenía ninguna tierra en descanso o ésta era menor a 20 m², es decir que trabajaba intensamente toda su tierra disponible. Ahora, prácticamente todos los productores del altiplano (95%) señalan que están utilizando toda su tierra intensivamente, sin descanso. En efecto, en el Altiplano Norte el 99% indica que no tiene tierra en descanso. En el Altiplano Central el 88% trabaja toda su tierra en el momento de la entrevista y en el Altiplano Sur el 96%. De las 307 familias entrevistadas el año 2004 en las tres regiones sólo 15 informan que están haciendo descansar parte de sus tierras. El resto, 292 familias, están cultivando todas sus tierras (Cuadro N° 40).

Cuadro N° 40
Número de familias con superficie de tierras cultivables en descanso por áreas y tamaño. Años 1976 y 2004 (En porcentajes)

	1976	2004			Total
	Altiplano Norte	Altiplano Norte	Altiplano Centro	Altiplano Sur	
Menos de 20 m ²	36%	99%	88%	97%	95%
20 m ² - 900 m ²	18%	0%	0%	1%	0%
1,000 m ² - 8,000 m ²	22%	0%	2%	1%	1%
Más de 8,000 m ²	24%	1%	10%	1%	4%
Total	100%	100%	100%	100%	100%

Fuente: Urioste, 1989 y Encuesta Fundación TIERRA, 2004.

Los datos del Anexo de este capítulo muestran que en el Altiplano Norte, el año 2004, más del 95% de los migrantes provienen de familias adultas y ancianas. Esto se puede interpretar como que una vez producida la migración de los jóvenes -mujeres y hombres- más dotados y capacitados, los que quedan en el hogar rural del altiplano son casi solo adultos y ancianos con poca educación escolarizada.

En el Altiplano Norte el 89% de los emigrantes registrados el año 2004, tiene su origen en fincas consideradas "grandes", es decir en aquellas que usan para la agricultura más de la media familiar de 1.50 hectáreas, lo

cual llevaría a plantear que la tesis de "a menos tierra, más migración" no siempre se cumple de manera lineal. Esto lleva a pensar que la tasa de migración no depende únicamente del tamaño de la tierra -ya que el promedio cultivado por familia estaría "congelado" en una hectárea y media- sino también de la calidad de los suelos, el acceso a riego y de otros factores extra agrícolas -cercaña a los mercados- que están creciendo en importancia.

De la población migrante registrada en la encuesta de 2004, es importante destacar que un 73.4% sabe leer y escribir, cosa que no ocurría hace treinta años.

Como es lógico, el nivel de ingreso de las familias tiene directa relación con la expulsión migratoria. Las familias más expulsoras en el Altiplano Norte son aquellas clasificadas como de ingresos más bajos (el 50.4%) o medios (el 37.3%) En cambio, las familias consideradas de ingresos altos tienen un porcentaje de emigración menor, de solo el 12.3%. Aquellos que tienen tierras con riego en las orillas del lago son altamente privilegiados y la actividad agropecuaria da buena renta y genera ingresos monetarios significativos.

Un dato muy revelador que tiene que ver con la exclusión de género es la composición de los emigrantes por sexo. En las tres regiones del altiplano, las familias con mayoría femenina tienen más emigrantes. Un mecanismo de equilibrio dentro de las familias mayoritariamente femeninas sería la emigración de más mujeres. Sin embargo, el destino de migración de una mujer está determinado principalmente por el matrimonio. Si una jovencita se casa con algún muchacho que vive en el campo, ella también estará obligada a vivir en el campo. Además, es claro que las menos favorecidas son las mujeres, ya que ellas, al casarse en el área rural del altiplano, no obtienen derechos para acceder a nuevas tierras en herencia de sus padres -salvo excepciones- sino que pasan a depender de sus maridos y de las tierras de éstos.

Parecería también que las pocas familias con abundante tierra, o clasificadas dentro de la categoría de superficies grandes del Altiplano Norte, son las que más hijos tienen estudiando. En efecto, el 88.3% de los emigrantes que se dedican a estudiar pertenecen a las familias con más tierras. La mayor disponibilidad de tierras estaría determinando la posibilidad de generación de algunos excedentes que las familias usan para educar a sus hijos fuera de la

comunidad. Cuanta más tierra fértil tiene una familia, mayor es la posibilidad de que sus hijos reciban alguna educación.

Tener muy poca tierra productiva obliga a una diversificación de actividades para garantizar la subsistencia y el autoconsumo familiar, mediante el trabajo de todos los miembros de la familia en actividades agropecuarias y no agropecuarias. En cambio, tener más tierra productiva podría significar la posibilidad de una diversificación de la vocación agropecuaria, más relacionada con el mercado y los procesos de acumulación y el destino de esos magros excedentes a la educación de los hijos.

6.7. CASI TODOS SE PROVEEN DE INSUMOS FUERA DEL CAMPO

Ahora hay mayor incorporación de insumos químicos, uso de tractor y de semillas mejoradas. Los productores del altiplano, en su mayoría, utilizan insumos y maquinaria que seguramente requiere de menos mano de obra familiar pero sí de más capital, por ejemplo para alquilar tractores. En muchas comunidades donde lo permiten las características topográficas el alquiler del tractor para la roturación de los terrenos es ahora una práctica común. De igual modo, la compra de semillas en las ferias y en las casas importadoras es más frecuente. También el uso de fertilizantes químicos como la urea, el 15.15.15 o el 18.46.0, diferentes combinaciones de nitrógeno, fósforo y potasio, son cada vez más usuales.

En 1976 el 36% de las familias entrevistadas en el Altiplano Norte quedó clasificada como de tecnología tradicional, mientras que ahora únicamente el 10%. En el otro extremo, las familias que clasifican como usuarias de tecnología moderna, o sea que utilizan tractor, semilla mejorada y fertilizantes químicos, son el 38% (Cuadro N° 41).

Actualmente parece que las superficies de tierra destinadas a los cultivos agrícolas y al pastoreo son indistintas según se trate de familias pequeñas o grandes. Ahora todas las familias, pequeñas o grandes, utilizan toda su tierra y han reducido el ciclo de rotación de los cultivos. Las familias ya sean pequeñas, medianas o grandes estarían destinando prácticamente toda la tierra disponible, el 95%, para las actividades productivas agrícolas y ganaderas.

Cuadro N° 41
Altiplano Norte
Tamaño de familias según superficie cultivada,
tecnología productiva y nivel de ingresos.
(En porcentajes)

	1976				2004			
	Familias Pequeñas	Familias Medianas	Familias Grandes	Totales	Familias Pequeñas	Familias Medianas	Familias Grandes	Totales
SUPERFICIE CULTIVADA	100%	100%	100%	100%	100%	100%	100%	100%
1) Superficie I (pequeña)	62%	43%	50%	52%	100%	33%	33%	56%
2) Superficie II (mediana)	32%	43%	21%	36%	0%	67%	67%	44%
3) Superficie III (grande)	6%	14%	29%	12%	0%	0%	0%	0%
TECNOLOGÍA PRODUCTIVA	100%	100%	100%	100%	100%	100%	100%	100%
1) Tradicional	40%	34%	29%	36%	15%	9%	0%	10%
2) En transición	36%	36%	36%	36%	45%	61%	42%	52%
3) No tradicional	25%	30%	36%	28%	40%	30%	58%	38%
NIVEL DE INGRESOS	100%	100%	100%	100%	100%	100%	100%	100%
1) Nivel I (bajo)	57%	36%	20%	43%	57%	31%	53%	45%
2) Nivel II (medio)	36%	41%	53%	40%	32%	57%	28%	42%
3) Nivel III (alto)	8%	23%	27%	17%	11%	12%	19%	13%

Fuente: Urioste, 1989 y Encuesta Fundación TIERRA, 2004.

Pero usar "tecnología moderna" no significa necesariamente que el ingreso familiar sea mayor o que los rendimientos productivos de la tierra o de la fuerza de trabajo hayan aumentado significativamente. En 1976 habíamos llegado a la conclusión de que la incorporación de esta tecnología era precisamente una manera de compensar la creciente presión demográfica, el uso intensivo de casi toda la tierra, la disminución de los nutrientes del suelo, el envejecimiento de la población y la baja en calidad de la fuerza de trabajo resultante. En 1976 se estaba usando tecnología moderna principalmente para compensar rendimientos decrecientes del suelo y la escasez de la tierra productiva disponible.

Ahora podemos constatar que este "salto tecnológico" implica una leve mejora en la productividad (aumento en el rendimiento marginal) pero no necesariamente en la producción (aumento en la cantidad neta producida).

Con métodos tradicionales de cultivo se tienen rendimientos decrecientes, con lo que el empleo de tecnología moderna solo compensaría esa reducción en la productividad, ya que ahora se iguala los niveles de producción y productividad de hace 30 años, cuando la mayoría de los productores empleaba medios tradicionales de cultivo. Además, si no hubiese una mejora en la productividad, no habría razón de que empleen esta tecnología moderna, cuyo uso estaría constatando una mayor dependencia de los productores de los insumos externos cuyos precios y oportunidades de mercado no pueden controlar. En general hay una tendencia a que los precios de los insumos aumenten, mientras que los precios de los productos agropecuarios tienden a ser constantes o a bajar.

Sin embargo, no parece haber una relación muy directa entre el tamaño de las parcelas cultivadas y el uso de nueva tecnología. De ahí se puede deducir que el uso de tecnología es consecuencia de la escasa disponibilidad de la fuerza de trabajo familiar ante el envejecimiento poblacional. En efecto, ahora las familias adultas-ancianas están obligadas a contratar maquinaria agrícola para sembrar sus parcelas ante las pocas posibilidades que tienen para manejar personalmente la yunta de bueyes para arar la tierra o aporcar con picota.

6.8. LOS RENDIMIENTOS AGRÍCOLAS NO AUMENTAN SIGNIFICATIVAMENTE

En el Altiplano Norte, los cultivos a los que se destina más superficie de tierra son por un lado la cebada, alfalfa, y otras forrajeras que -como ya vimos- han aumentado muy significativamente la superficie promedio por familia, hasta llegar ahora a más de una hectárea cada año. Por otro lado, la papa mantiene su promedio de superficie cultivada por familia desde hace 30 años. Estos dos cultivos explican la fuerte presión sobre la tierra y la reconversión productiva del altiplano hacia la ganadería sin abandonar el cultivo de la papa (Cuadro N°. 28).

En el Altiplano Norte en 1976 cada familia producía por año entre 28 y 30 arrobas. Ahora informan que la cantidad cosechada de papa promedio por familia es igualmente de 28.1 arrobas, en una superficie 0.39 Has. cultivadas. Ahora utilizan químicos, y tractores para tener un rendimiento igual

que hace 30 años. La tierra estaría perdiendo sus nutrientes debido al intenso uso que se le da y la única forma de compensar la pérdida de productividad del suelo sería con fertilizantes químicos.

Después de treinta años, estas coincidencias en los promedios parecen muy relevantes. Cuando se aplican encuestas para medir rendimientos, es sabido que el grado de confianza es muy relativo y lo más que se puede lograr son aproximaciones generales. Por eso llama la atención que tres décadas después, en el Altiplano Norte, las familias informen que la superficie cultivada con papa ha disminuido un poco y que los incrementos en el rendimiento han mantenido más o menos constante el volumen producido por familia. Al mismo tiempo pareciera haberse dado un cambio relativo en la forma de hacer agricultura para lograr que la producción se mantenga en los mismos niveles de hace 30 años, ya que de no haberlo hecho, la producción neta habría disminuido considerablemente. En los últimos 30 años, habría habido leves incrementos en la productividad del cultivo de la papa pero no en los volúmenes cosechados por cada familia -en promedio- cada año. Esto estaría dando cuenta de una actividad agrícola (pajera) con una leve mejoría en los rendimientos lo que permitiría una tendencia creciente hacia la ganaderización lechera.

6.9. DIRIGENTES POLÍTICOS DISPUTAN PODER A LOS PRODUCTORES

Hace treinta años los campesinos productores del altiplano norte estaban organizados bajo el sistema de sindicatos agrarios, vestían chamarra, gorra y alpargatas, es decir ropa de trabajo, sin embargo ahora, muchos campesinos del altiplano prefieren denominarse a sí mismos indígenas y cuando son autoridades de su comunidad visten poncho, abarca, luchu (gorra de lana tejida), chicote y sombrero de color y características propias para cada región del altiplano a manera de reafirmación de su identidad étnica. El sindicato fue el instrumento de organización eficaz para reconquistar la tierra y el autogobierno, aunque ahora va perdiendo importancia en algunas regiones en las que se van recuperando los simbolismos de las autoridades originarias. La vestimenta es otro elemento diferenciador, de orgullo, de autoestima, construido por la población altiplánica, característica del cambio ocurrido en el último cuarto de siglo que coincide con la apertura democrática y el notable empoderamiento político indígena (1982-2005). Esa indumentaria les confie-

re identidad propia, distinta del resto de la sociedad. Indumentaria que se asocia al concepto de "autoridad originaria" o *Mallku*.

En la localidad de Guaqui, en las orillas del lago Titicaca a unos 80 kilómetros de la ciudad de La Paz, un jefe de familia decía que ahora que en su comunidad hay luz eléctrica y agua potable, es mucho mejor vivir en el campo que en la ciudad, donde todo es más caro. Además se puede llegar desde la ciudad en poco más de una hora por una carretera asfaltada. Estos elementos de transitabilidad vinculados a la inversión pública municipal desde hace una década están cambiando radicalmente las formas de vida en el altiplano. "*Lo mejor que nos ha pasado en el altiplano después de la Reforma Agraria de 1953, es la participación popular*" afirmaba el mismo productor.

A pesar de estos importantes cambios observados en las condiciones de vida de la población rural del altiplano, es notoria la contradicción entre el discurso político y la realidad. Por un lado es muy común la deslegitimación de la Reforma Agraria de 1953 -que los abuelos conquistaron con sus luchas- y que ahora los nietos desprecian porque habría sido "impuesta por los Q'aras (blancos)". Pero al mismo tiempo esos mismos nietos de la Reforma Agraria se aferran a la propiedad de la tierra principalmente bajo forma familiar o individual, aunque en su condición de residentes ya no vivan en el campo.

Por un lado se organizan en *ayllus* y retornan al concepto antiguo de "*Mallkus*" y "*Jilaqatas*" en reemplazo del sindicato agrario, al que rechazan como una imposición política. Pero en general las ahora llamadas "autoridades originarias" juegan papeles muy parecidos a los del sindicato y el cambio se da más bien en el nombre ligado a la creciente auto estima. Además, posiblemente estas autoridades originarias están desempeñando un rol determinante en la organización político administrativa del municipio o en los Comités de Vigilancia (CV).

Lo paradójico es que se trata de las mismas personas que "usan dos sombreros". Las Organizaciones Económicas Campesinas (OECAS), que agrupan a centenares de pequeñas asociaciones de productores y de comercializadores, juegan cada vez papeles más importantes, muchas veces en conflicto con los líderes políticos, sus consignas y reivindicaciones. Por ejemplo, los indígenas aymaras, productores de leche del altiplano, o productores de hortalizas, han sido muy negativamente afectados por los bloqueos de cami-

no instruidos por los líderes políticos de la CSUTCB y cada vez se resisten más a participar de esas actividades que no les benefician directamente.

Muchos jóvenes residentes, los nietos de la Reforma Agraria que viven en El Alto o en las Villas de La Paz o de Oruro, han encontrado -especialmente en la ciudad de El Alto- elementos ideológicos de cohesión étnica, clasista y generacional que les dan un fuerte sentido reivindicativo. Los nietos de la Reforma Agraria son ciudadanos que están viviendo libertades democráticas y ejerciendo derechos de ciudadanía, que sus padres conquistaron. Quieren ser actores políticos indígenas directos, pero no necesariamente quieren ser campesinos agricultores. Quieren ser propietarios de la tierra, pero no quieren trabajarla directamente y menos colectivamente. En el fondo, se debaten entre el reconocimiento de su identidad y pertenencia a un colectivo social rural cercano, la comunidad, pero reclaman al mismo tiempo un derecho especial de ciudadanía, la ciudadanía indígena urbana.

En el altiplano boliviano, especialmente los dirigentes indígenas aymaras, están atrapados por las contradicciones de un discurso político que reclama, por un lado, los valores de las culturas originarias andinas de la solidaridad, el igualitarismo y la propiedad comunitaria de la tierra, y por otro, el predominio efectivo de la propiedad privada sobre la comunal. En la práctica la mayoría de las familias no está dispuestas a renunciar al derecho propietario privado familiar de las tierras que sus abuelos conquistaron en su lucha emancipadora del pongueaje y la servidumbre, mediante la Reforma Agraria de hace medio siglo.

6.10. LOS RESIDENTES SON PRINCIPALES ACTORES DEL CONFLICTO POR LA TIERRA. LA RENTA DEL SUELO FORMA PARTE MARGINAL DE SU INGRESO FAMILIAR

Hay diferentes tipos de "hijos y nietos" de la Reforma Agraria. Por un lado aquellos que abandonaron el área rural como espacio de residencia -especialmente del Altiplano Norte cercano a la ciudad de La Paz- y viven definitivamente en las ciudades pero mantienen alguna forma de derecho propietario de su tierra familiar. A estos paradójicamente, desde las propias comunidades, se les llama "residentes". Estos indígenas -ahora ex campesinos- se esfuerzan por continuar siendo propietarios de la tierra, aunque a la mayoría no le conviene trabajarla directamente. Viven un conflicto que con-

fronta su identidad étnica en medio de un cambio de paradigmas que -en los extremos- oponen la antigua lógica de la reciprocidad a la nueva lógica del mercado, desde una perspectiva excluyente. Otros investigadores del equipo de Fundación TIERRA (Barragán, R. y Colque, G.) consideran que no hay una oposición tan tajante y que mas bien se trata de diferentes combinaciones que se van regulando en uno u otro sentido de acuerdo a las circunstancias y a los cambios en el entorno.

Por otro lado, están los nietos que por diversos motivos han quedado a cargo de la tierra de la familia y todavía viven en la comunidad rural. En medio existe una variada gama de familias campesinas indígenas que tienen múltiple residencia temporal campo-ciudad dependiendo de varios factores, principalmente de empleo e ingresos.

Varios estudiosos del tema andino ya hace años tocaron la problemática de la doble o triple residencia, de los originalmente trabajadores rurales (Albó X., Greaves T., Sandoval G. CIPCA 1981). Pero hasta hace un par de décadas la categoría de "residente" era un concepto en construcción y hacía alusión a una situación pasajera, de transición o accidental. Hoy pensamos que constituye una categoría socioeconómica estable. Residente es el que definitivamente ya no vive en el campo pero reside en la ciudad, ya no vive del trabajo directo de las parcela de tierra que heredó de sus padres o abuelos, pero la mantiene celosamente bajo su propiedad. Paradójicamente, el concepto "residente" califica a aquella persona que reside en la ciudad pero ya no en el campo. A los migrantes que viven de su trabajo agropecuario en colonias agrícolas en las tierras bajas o en el norte de La paz o en los Yungas o el Chapare no se les llama residentes, sino colonizadores.

Pero el concepto de "residente" es el que precisamente permite una doble identidad determinada por el derecho de propiedad y de uso y disposición de la tierra. "Residente es el que para mantener su derecho a la propiedad de la tierra sin trabajarla directamente, debe pasar cargos" (Madrid Lara, 1998) cumplir obligaciones o pagar multas, generalmente "acordadas" con las autoridades del sindicato agrario o del *ayllu*. De alguna manera la comunidad le estaría "alquilando" la tierra al residente mientras éste cumpla con las cargas o responsabilidades dispuestas por la comunidad. Este a su vez la subalquila a otro comunario que efectivamente trabaja la tierra. Es notable como el uso del concepto "residente" es siempre masculino. Nunca se habla de "la residente".

Ese trabajo de servicio a la comunidad es el precio que el residente tiene que pagar a cambio de seguir manteniendo el derecho propietario de la tierra y así seguir siendo miembro de la comunidad. El beneficio es que, aún viviendo en la ciudad, la familia que ha emigrado definitivamente se mantiene como miembro activo de la comunidad -está en la lista del sindicato o *ayllu*- con todos los derechos y obligaciones de los demás y con propiedad de la tierra que puede vender, alquilar, arrendar o trabajar "al partir". Los tres reciben algún beneficio parcial: la comunidad, el residente y el que trabaja la tierra. Por eso es que se puede afirmar que la comunidad es un "contrato social de convivencia, estrechamente vinculado a la tierra, en el cual los derechos comunarios no son equivalentes a la propiedad colectiva y se accede a la tierra en tanto y en cuanto se es parte de la comunidad y viceversa" (Colque, 2005).

En el campo, o desde el área rural, los comunarios señalan que una u otra parcela de tierra es del residente "fulano de tal", es decir del que está residiendo en la ciudad. Pero en realidad lo que está diciendo es que esas parcelas le pertenecen a un propietario ausentista reconocido por la comunidad (generalmente un familiar cercano) que vive principalmente de sus actividades urbanas y adicionalmente, aunque de forma marginal, de las rentas de la tierra encargadas a un pariente, amigo o vecino, que las trabaja para él. Este arreglo, que todavía es aceptado por la comunidad, previsiblemente ya no será en el futuro. Este acuerdo de la comunidad con el residente es en realidad una forma extendida de arrendamiento informal, verbal o de acuerdo mutuo y de corto plazo, es un arreglo típico de la racionalidad mercantil simple que corresponde a una forma de renta de la tierra.

Existirían dos formas extremas: cuando el residente comparte derechos de uso con algún pariente comunario (hermanos o primos) y cuando ya no comparte el derecho de uso porque el derecho propietario ha cambiado, posiblemente porque todos sus familiares migraron y acabó vendiendo la tierra. En este último caso puede también darse el abandono de la tierra si es que no hay interesados en comprarla, y la entrega formal o de hecho a la comunidad.

En muchas comunidades predomina una situación de indefinición, porque los comunarios no saben si el residente volverá o ha abandonado definitivamente la tierra. Generalmente transcurren varios años hasta que la comunidad decida que hacer con esas tierras. Durante ese tiempo las tierras han permanecido improductivas perjudicando a los comunarios o se han dedicado a un pastoreo extensivo y sin mayor control. Existen casos en que algunos

residentes o emigrantes retornan a su comunidad a reclamar sus tierras después de varios años de ausencia. Este reclamo es generalmente mediante la vía judicial mientras la comunidad se defiende apelando a usos y costumbres.

El trabajo de campo confirma lo que ya señalaron otros autores (Madrid Lara, 1998). El residente estaría forzando a la comunidad a un intercambio de reciprocidades asimétricas en las que el principal beneficiario no es la comunidad sino el ex campesino que ahora vive en la ciudad, obligado por la escasez de tierras subdivididas hasta el cansancio durante tres generaciones, por la baja rentabilidad de sus cultivos, por la pobreza creciente en el área rural y por el secular abandono estatal. Probablemente hacia adelante - en el futuro- los residentes ya no podrán mantener el derecho propietario y tendrán que transferirlo (venta) o cederlo gratuitamente (devolución) a las familias de la comunidad.

El estudio de Madrid Lara en comunidades de Oruro (Huayllamarca y Llanquera) muestra cómo la comunidad y el residente no intercambian valores iguales. El residente siempre sale ganando y mientras esto ocurra seguirá siendo residente, dejará de serlo cuando el intercambio con la comunidad ya no sea a su favor. Por eso es que le interesa mantener el derecho propietario de la tierra. Si no fuera así preferiría abandonar definitivamente la tierra, como lo hacen muchos otros emigrantes que se fueron a la Argentina o que se asentaron definitivamente en los Yungas o en Santa Cruz. A los residentes del altiplano les interesa mantener el derecho propietario de las tierras que heredaron de sus padres y abuelos, en algunos casos por motivos económicos -cuando las tierras tienen valor económico de mercado y están cercanas a las carreteras y ciudades-, pero siempre por motivos culturales y afectivos que fortalecen y recrean simbólicamente su identidad indígena. Otros residentes mantienen el derecho propietario de sus tierras para volver a vivir a sus comunidades cuando estén jubilados y deban retirarse.

Cuando la renta económica de la tierra bajo la figura del residente no cubre los costos de transacción, es decir cuando el mantener la propiedad de la tierra deja de ser un negocio para el emigrante, esta se alquila bajo la modalidad de "al partir", o se vende -si encuentra comprador- o finalmente se abandona. Seguramente que dar este último paso es algo muy importante y definitivo para una familia, es como "quemar las naves". Ya no hay posibilidad de retorno ya que si la persona no tiene tierra ya no es miembro de la comunidad y si se va a vivir a la ciudad pierde definitivamente su identidad

rural-comunal y se convierte en un "ciudadano de segunda", un vecino anónimo, en un número en un carné de identidad. Si emigra definitivamente a otra región del país, generalmente a las tierras bajas en el oriente, adquiere la calidad de "colonizador". El ex campesino perderá su identidad grupal por lo menos hasta que tienda nuevos lazos y relaciones sociales, seguramente en una junta de vecinos de cualquier ciudad o en el sindicato de colonizadores de algún lugar del oriente.

El residente abandona definitivamente su tierra cuando tiene posibilidades de mayor estabilidad económica y social en otra parte. No basta que su pequeña parcela ya no sea rentable económicamente para que la abandone. El residente se comporta racionalmente en su aversión al riesgo y se esfuerza en mantener la propiedad de la tierra, hasta que ya no puede más y deja de convenirle.

En muchos casos los residentes actúan con una racionalidad mercantil que se mimetiza bajo el concepto de "usos y costumbres". Usos y costumbres que -en este caso- no existieron hace una generación atrás y que constituyen una innovación para legitimar el tránsito irrefrenable de una economía de autosubsistencia cerrada a una abierta e integrada -de forma subordinada- al mercado. Este es el contexto de un mercado casi invisible de tierras, oculto detrás de las "tierras de uso común" y del papel que juegan los residentes.

Existe una estrecha relación entre el número de residentes de una comunidad y las facilidades de acceso y comunicación con los mercados. Si la comunidad está cerca de la vía troncal asfaltada, el número de residentes será mayor puesto que las personas pueden viajar con mayor facilidad, a menor costo y en menos tiempo al campo y a las ciudades. Cuanto más cercana y mejor comunicada está la comunidad a los mercados de las ciudades de La Paz, El Alto y Oruro, mayor será la posibilidad de convertirse en residente.

Puede ser que muchos mantengan lazos afectivos, sociales y culturales con sus familiares y en muchos casos inclusive económicos pero el concepto de "familia extendida" muy común hace 30 años y que incluía relaciones campo-ciudad más complementarias, ya no es plenamente aplicable en el altiplano dado el alto grado de movilidad espacial de los hijos y los nietos y el envejecimiento de la población rural. En efecto, los datos parecen corroborar que cada vez más, una vez constituida la pareja, esta se las arregla por su cuenta. Como en cualquier caso y en cualquier parte del mundo, al

comienzo es con la ayuda de los padres, ya sea mediante parcelas de tierra asignada, en aportes en productos o algo de dinero; pero conforme pasa el tiempo las parejas se independizan más y cada familia nuclear tiende a ser una unidad económica cerrada, principalmente si vive en las ciudades, paralelamente al grado de mercantilización de la economía. Este concepto de familia extendida en desaparición es fundamental para entender las nuevas relaciones entre la comunidad rural y los residentes. Si el residente no es parte de la familia extendida tendrá más dificultades para mantener no sólo sus derechos propietarios sobre la tierra, sino también sus relaciones sociales con los demás miembros de la comunidad. Pero la práctica muestra que el residente no siempre es parte de esta familia extendida.

6.11. EL TRANSITO HACIA UN NUEVO "TIPO" DE COMUNIDAD

En el altiplano prácticamente nadie puede poseer tierra en el territorio o espacio de una comunidad, si es que no es aceptado por la comunidad a cambio de una serie de obligaciones normadas por usos y costumbres que varían de una región a otra. Sin embargo la condición "*sine qua non*" para estar inscrito en la lista de la comunidad no solo es de carácter social, económico o cultural sino también de carácter étnico biológico: ser aymara o quechua, según la región. Prácticamente ninguna persona -hombre o mujer- que no sea aymara o quechua puede ser propietario de la tierra ni pertenecer a una comunidad del altiplano. Solo los que se autoidentifican como aymaras o quechuas y son reconocidos como tales por el resto de la comunidad, pueden ser propietarios de tierras. En algunas regiones en los entornos de las comunidades y cerca de los pueblos hay unos pocos mestizos descendientes de los capataces de los hacendados, remanentes de la Reforma del 53, con quienes existen conflictos y tensiones. En general los mestizos no quieren inscribirse a la "lista" de la comunidad para evitar desempeñar cargos y porque se consideran "superiores a los indios". En otros casos los comunarios no les permiten integrarse a la comunidad porque no admiten *Q'aras* (mestizos) en la lista del sindicato. No obstante, esto está cambiando a partir de la aplicación de la participación popular en los municipios indígenas del altiplano desde 1994.

La principal tendencia del cambio del derecho propietario de la tierra en el altiplano boliviano para los próximos años, especialmente en la zona

norte y central con influencia directa de las ciudades de La Paz, El Alto y en menor medida Oruro, indica que los principales propietarios o dueños de hecho de la tierra ya no serán los residentes. Estos acabarían siendo desplazados en el curso de esta tercera generación -la de los nietos- pero ese será un proceso preñado de conflicto. El futuro de las comunidades del altiplano es el cambio, lento pero cambio al fin. Este cambio probablemente se orientará hacia un rol más político-simbólico de las formas tradicionales de organización junto con una incorporación cada vez más plena a la economía de mercado, en la que las actividades económico productivas serán decisiones exclusivamente familiares. La manera en que las comunidades vayan resolviendo sus problemas internos especialmente de actualización del derecho propietario de la tierra, marcará el rumbo futuro.

Actualmente los principales líderes nacionales y departamentales de las organizaciones campesinas son indígenas residentes y ya no más campesinos. No son productores agropecuarios porque no trabajan la tierra, porque los fundos que heredaron de sus abuelos, ahora subdivididos y erosionados, no alcanzan para vivir. Estos líderes ajenos a la vida comunitaria están cada vez más cuestionados por los campesinos productores agropecuarios. De alguna manera los residentes ayudan a mantener una especie de ficción en la comunidad.

Ser residente le permite al ex campesino o campesina tener dos facetas, una anónima, libre, individual -más urbana y por tanto más ciudadana- y otra rural con control social comunal en la que no hay individuos sino miembros de un colectivo social construido día a día desde los usos y costumbres. El ciudadano urbano puede hacer -en teoría- lo que quiere, el miembro de la comunidad está sujeto a las normas y al control casi directo de todos sus actos. En la comunidad no hay plena libertad individual, esa es una conquista de la vida en las ciudades. Hasta ahora el residente puede montar a caballo en las dos realidades y escoger -de alguna manera- cual prefiere. Mucho dependerá de la calidad de vida que logre con esas posibles combinaciones. Según los casos, ser residente puede constituir un freno o un estímulo para el mejoramiento de las condiciones de vida de las personas que viven en la comunidad. En otras palabras, según las circunstancias, puede ser un agente de retardación del cambio o un dinámico agente de progreso social.

Pero además, es importante destacar que no en todas las regiones del altiplano se puede ser residente. Además de la condición étnica-racial, una condición básica es la posibilidad de fácil y rápido acceso de la ciudad a la

comunidad. Eso es principalmente posible en las comunidades del altiplano, conectadas por buenos caminos vecinales a nuevas carreteras asfaltadas que bordean casi todo el Lago Titicaca, la Panamericana Sur y las carreteras a Arica e Ilo, y de Oruro a Potosí, provistas de mejorados servicios de transporte.

La transición hacia un tipo de comunidad sin residentes, implicará un complejo proceso no solo de reasignación de roles, sino también de cambios en los derechos propietarios de la tierra. Probablemente esta es una de las principales razones del rechazo inicial al proceso de saneamiento de tierras en la región. Los residentes habrían impulsado ese rechazo -mediante un discurso supuestamente indigenista que encubre sus intereses particulares específicos- pero ahora los productores agropecuarios del altiplano comienzan a reclamar el saneamiento interno y los títulos de sus tierras a su nombre, además del título del territorio comunal, pero no como propiedad colectiva de la tierra sino como una jurisdicción político administrativa local.

6.12. A PESAR DE TODAS LAS ADVERSIDADES, LOS INGRESOS DE LAS FAMILIAS AUMENTAN LEVEMENTE

Cuando uno observa el paisaje rural del altiplano, los cambios son muy lentos pero evidentes. Hoy prácticamente todas las viviendas rurales siguen siendo precarias pero ya tienen techo de calamina⁸⁰ muchas son de dos pisos, y tienen varios cuartos. Esto no era así hace 30 años cuando las viviendas eran mucho más elementales, con techo de paja, piso de tierra y de un solo cuarto. Este mejoramiento de la vivienda estaría demostrando que el ingreso familiar rural ha aumentado pero no solo como fruto de las actividades agrícolas sino además como resultado de otras actividades no agropecuarias, entre las que seguramente figuran las remesas de los que han emigrado o de actividades complementarias no agropecuarias de las familias rurales en épocas de baja actividad agropecuaria, o de las innovaciones incorporadas por los residentes, y el trabajo -a veces contradictorio y descoordinado- de muchas ONG.

⁸⁰ Los habitantes de las ciudades, especialmente de las zonas residenciales, detestamos la "calamina" o plancha de zinc por que es fea y enfría los interiores de las casas. Preferimos las tejas coloniales de barro cocido por que son más elegantes y señoriales, adornan más aunque son mucho más caras y es costoso su mantenimiento. Además durante el invierno usamos calefacción. Tener techo de calamina en el campo da prestigio, es visto como algo moderno, además de que la plancha dura muchísimo más tiempo que la paja o la teja y es más barata.

También es notoria la modificación en los hábitos de la bebida. El consumo de refrescos gaseosos está generalizado y el acceso a la cerveza en las fiestas es mucho más común que hace dos décadas, cuando se bebía casi únicamente alcohol de caña. Los trajes y disfraces para las fiestas patronales son cada vez más vistosos y coloridos, así como los uniformes escolares de los niños y niñas en las fiestas cívicas. Ni que decir de las bandas musicales y de las waripoleras de minifalda.

También es muy común observar cada fin de semana en las comunidades del altiplano y especialmente en las fiestas religiosas y los feriados de la semana santa, campeonatos de fútbol con árbitros, elegantes uniformes y activa vida social, donde los residentes muestran sus habilidades en sus comunidades, a las que se trasladan ya no en la carrocería exterior del camión -única forma de transporte hasta hace poco- sino en minibuses, algunos de los cuales son de su propiedad. Este conjunto de nuevos patrones de consumo está refiriendo a un leve mejoramiento en las condiciones de vida de las poblaciones del altiplano. Pero aparentemente, no como resultado principal o exclusivo de las mejoras en la producción y en la productividad agrícola, sino principalmente debido a ingresos adicionales generados extra predio en el contexto de una intensa relación urbano-rural, favorecida y posibilitada por el fácil acceso carretero troncal.

El ingreso bruto anual por familia en el Altiplano Norte era en el año 1976 de \$us. 269. Ahora, 30 años después, el ingreso familiar disponible no supera los \$us. 400 para el período agrícola 2004 y el 60% del mismo procede del sector agropecuario. Nuevamente la coincidencia de las cifras en un período de treinta años parece muy reveladora⁸¹.

⁸¹ Volkmar Blum cita a Amat y León diciendo que en la sierra sur del Perú, en una encuesta muy confiable para 1972 se establece un ingreso promedio de 500 dólares por año por familia. Otros estudios del altiplano peruano dan cifras menores.

Cuadro N° 42
Ocupación de los emigrantes, según características de los hogares. 2004

Altiplano Norte

		Ocupación										Total	
		Agropecuaria		No agropecuaria		Estudiante		Menor a 10 años		No responde		N	%
		N	%	N	%	N	%	N	%	N	%		
Tamaño de la familia	Fam. pequeña	17	51,5%	65	43,9%	27	45,0%	0	0,0%	1	50,0%	110	45,1%
	Fam. mediana	10	30,3%	66	44,6%	30	50,0%	1	100,0%	1	50,0%	108	44,3%
	Fam. grande	6	18,2%	17	11,5%	3	5,0%	0	0,0%	0	0,0%	26	10,7%
	Total	33	100,0%	148	100,0%	60	100,0%	1	100,0%	2	100,0%	244	100,0%
Edad familiar	Jóvenes	0	0,0%	4	2,7%	0	0,0%	0	0,0%	0	0,0%	4	1,6%
	Adultas	7	21,2%	54	36,5%	22	36,7%	0	0,0%	0	0,0%	83	34,0%
	Ancianas	25	75,8%	87	58,8%	31	51,7%	1	100,0%	2	100,0%	146	59,8%
	No responde	1	3,0%	3	2,0%	7	11,7%	0	0,0%	0	0,0%	11	4,5%
	Total	33	100,0%	148	100,0%	60	100,0%	1	100,0%	2	100,0%	244	100,0%
Superficie exclusiva de cultivo	Sup. pequeña	0	0,0%	1	20,0%	4	100,0%	0	0,0%	0	0,0%	5	55,6%
	Sup. mediana	0	0,0%	4	80,0%	0	0,0%	0	0,0%	0	0,0%	4	44,4%
	Total	0	0,0%	5	100,0%	4	100,0%	0	0,0%	0	0,0%	9	100,0%
Superficie exclusiva de cultivo + cultivo y pastoreo	Sup. pequeña	0	0,0%	6	4,1%	6	10,0%	0	0,0%	0	0,0%	12	4,9%
	Sup. mediana	0	0,0%	13	8,8%	1	1,7%	0	0,0%	0	0,0%	14	5,7%
	Sup. grande	33	100,0%	129	87,2%	53	88,3%	1	100,0%	2	100,0%	218	89,3%
	Total	33	100,0%	148	100,0%	60	100,0%	1	100,0%	2	100,0%	244	100,0%
Educación	Leen son más que los que no leen	21	63,6%	104	70,3%	52	86,7%	1	100,0%	1	50,0%	179	73,4%
	Igual cantidad												
	Leen y no leen	4	12,1%	26	17,6%	7	11,7%	0	0,0%	0	0,0%	37	15,2%
	No leen son más que los que leen	8	24,2%	18	12,2%	1	1,7%	0	0,0%	1	50,0%	28	11,5%
	Total	33	100,0%	148	100,0%	60	100,0%	1	100,0%	2	100,0%	244	100,0%
Tecnología productiva	Tradicional	2	14,3%	3	3,6%	1	3,4%	0	0,0%	0	0,0%	6	4,7%
	En transición	7	50,0%	38	45,8%	15	51,7%	1	100,0%	0	0,0%	61	47,3%
	No tradicional	5	35,7%	42	50,6%	13	44,8%	0	0,0%	2	100,0%	62	48,1%
	Total	14	100,0%	83	100,0%	29	100,0%	1	100,0%	2	100,0%	129	100,0%
Nivel de ingresos	Bajo	19	57,6%	76	51,4%	26	43,3%	0	0,0%	2	100,0%	123	50,4%
	Medio	10	30,3%	59	39,9%	21	35,0%	1	100,0%	0	0,0%	91	37,3%
	Alto	4	12,1%	13	8,8%	13	21,7%	0	0,0%	0	0,0%	30	12,3%
	Total	33	100,0%	148	100,0%	60	100,0%	1	100,0%	2	100,0%	244	100,0%
Sexo predominante	Mayoría masculina	13	39,4%	50	33,8%	23	38,3%	0	0,0%	0	0,0%	86	35,2%
	Mayoría femenina	20	60,6%	98	66,2%	37	61,7%	1	100,0%	2	100,0%	158	64,8%
	Equilibrada	0	0,0%	0	0,0%	0	0,0%	0	0,0%	0	0,0%	0	0,0%
	Total	33	100,0%	148	100,0%	60	100,0%	1	100,0%	2	100,0%	244	100,0%

Altiplano Centro

		Ocupación											
		Agropecuaria		No agropecuaria		Estudiante		Menor a 10 años		No responde		Total	
		N	%	N	%	N	%	N	%	N	%	N	%
Tamaño de la familia	Fam. pequeña	6	27,3%	31	48,4%	10	37,0%	2	100,0%	0	0,0%	49	42,6%
	Fam. mediana	11	50,0%	18	28,1%	15	55,6%	0	0,0%	0	0,0%	44	38,3%
	Fam. grande	5	22,7%	15	23,4%	2	7,4%	0	0,0%	0	0,0%	22	19,1%
	Total	22	100,0%	64	100,0%	27	100,0%	2	100,0%	0	0,0%	115	100,0%
Edad familiar	Adultas	14	63,6%	15	23,4%	10	37,0%	1	50,0%	0	0,0%	40	34,8%
	Ancianas	8	36,4%	46	71,9%	17	63,0%	1	50,0%	0	0,0%	72	62,6%
	No responde	0	0,0%	3	4,7%	0	0,0%	0	0,0%	0	0,0%	3	2,6%
	Total	22	100,0%	64	100,0%	27	100,0%	2	100,0%	0	0,0%	115	100,0%
Superficie exclusiva de cultivo + cultivo y pastoreo	Sup. pequeña	13	59,1%	38	59,4%	19	70,4%	2	100,0%	0	0,0%	72	62,6%
	Sup. grande	9	40,9%	26	40,6%	8	29,6%	0	0,0%	0	0,0%	43	37,4%
	Total	22	100,0%	64	100,0%	27	100,0%	2	100,0%	0	0,0%	115	100,0%
Educación	Leen son más que los que no leen	17	77,3%	37	57,8%	22	81,5%	2	100,0%	0	0,0%	78	67,8%
	Igual cantidad Leen y no Leen	4	18,2%	23	35,9%	5	18,5%	0	0,0%	0	0,0%	32	27,8%
	No leen son más que los que leen	1	4,5%	4	6,3%	0	0,0%	0	0,0%	0	0,0%	5	4,3%
	Total	22	100,0%	64	100,0%	27	100,0%	2	100,0%	0	0,0%	115	100,0%
Tecnología productiva	Tradicional	12	54,5%	29	46,0%	18	72,0%	2	100,0%	0	0,0%	61	54,5%
	En transición	8	36,4%	17	27,0%	1	4,0%	0	0,0%	0	0,0%	26	23,2%
	No tradicional	2	9,1%	17	27,0%	6	24,0%	0	0,0%	0	0,0%	25	22,3%
	Total	22	100,0%	63	100,0%	25	100,0%	2	100,0%	0	0,0%	112	100,0%
Nivel de ingresos	Bajo	10	45,5%	38	59,4%	12	44,4%	0	0,0%	0	0,0%	60	52,2%
	Medio	5	22,7%	18	28,1%	4	14,8%	1	50,0%	0	0,0%	28	24,3%
	Alto	7	31,8%	8	12,5%	11	40,7%	1	50,0%	0	0,0%	27	23,5%
	Total	22	100,0%	64	100,0%	27	100,0%	2	100,0%	0	0,0%	115	100,0%
Sexo predominante	Mayoría masculina	6	27,3%	23	35,9%	12	44,4%	1	50,0%	0	0,0%	42	36,5%
	Mayoría femenina	16	72,7%	41	64,1%	15	55,6%	1	50,0%	0	0,0%	73	63,5%
	Equilibrada	0	0,0%	0	0,0%	0	0,0%	0	0,0%	0	0,0%	0	0,0%
	Total	22	100,0%	64	100,0%	27	100,0%	2	100,0%	0	0,0%	115	100,0%

Altiplano Sur

		Ocupación											
		Agropecuaria		No agropecuaria		Estudiante		Menor a 10 años		No responde		Total	
		N	%	N	%	N	%	N	%	N	%	N	%
Tamaño de la familia	Fam. pequeña	31	63,3%	7	31,8%	11	84,6%	2	66,7%	0	0,0%	51	56,7%
	Fam. mediana	12	24,5%	2	9,1%	2	15,4%	1	33,3%	1	33,3%	18	20,0%
	Fam. grande	6	12,2%	13	59,1%	0	0,0%	0	0,0%	2	66,7%	21	23,3%
	Total	49	100,0%	22	100,0%	13	100,0%	3	100,0%	3	100,0%	90	100,0%
Edad familiar	Adultas	11	22,4%	2	9,1%	2	15,4%	1	33,3%	3	100,0%	19	21,1%
	Ancianas	25	51,0%	20	90,9%	8	61,5%	0	0,0%	0	0,0%	53	58,9%
	No responde	13	26,5%	0	0,0%	3	23,1%	2	66,7%	0	0,0%	18	20,0%
	Total	49	100,0%	22	100,0%	13	100,0%	3	100,0%	3	100,0%	90	100,0%
Superficie exclusiva de cultivo	Sup. pequeña	2	15,4%	0	0,0%	1	50,0%	0	0,0%	0	0,0%	3	15,8%
	Sup. mediana	11	84,6%	4	100,0%	1	50,0%	0	0,0%	0	0,0%	16	84,2%
	Total	13	100,0%	4	100,0%	2	100,0%	0	0,0%	0	0,0%	19	100,0%
Superficie exclusiva de cultivo + pastoreo	Sup. pequeña	11	22,4%	0	0,0%	2	15,4%	2	66,7%	0	0,0%	15	16,7%
	Sup. mediana	11	22,4%	0	0,0%	1	7,7%	0	0,0%	0	0,0%	12	13,3%
	Sup. grande	27	55,1%	22	100,0%	10	76,9%	1	33,3%	3	100,0%	63	70,0%
	Total	49	100,0%	22	100,0%	13	100,0%	3	100,0%	3	100,0%	90	100,0%
Educación	Leen son más que los que no leen	11	22,4%	12	54,5%	4	30,8%	0	0,0%	1	33,3%	28	31,1%
	Igual cantidad Leen y no Leen	23	46,9%	2	9,1%	5	38,5%	2	66,7%	0	0,0%	32	35,6%
	No leen son más que los que leen	15	30,6%	8	36,4%	4	30,8%	1	33,3%	2	66,7%	30	33,3%
	Total	49	100,0%	22	100,0%	13	100,0%	3	100,0%	3	100,0%	90	100,0%
Tecnología productiva	Tradicional	15	30,6%	13	59,1%	8	61,5%	2	66,7%	0	0,0%	38	42,2%
	En transición	18	36,7%	2	9,1%	0	0,0%	1	33,3%	3	100,0%	24	26,7%
	No tradicional	16	32,7%	7	31,8%	5	38,5%	0	0,0%	0	0,0%	28	31,1%
	Total	49	100,0%	22	100,0%	13	100,0%	3	100,0%	3	100,0%	90	100,0%
Nivel de ingresos	Bajo	29	59,2%	13	59,1%	8	61,5%	2	66,7%	0	0,0%	52	57,8%
	Medio	16	32,7%	2	9,1%	0	0,0%	1	33,3%	1	33,3%	20	22,2%
	Alto	4	8,2%	7	31,8%	5	38,5%	0	0,0%	2	66,7%	18	20,0%
	Total	49	100,0%	22	100,0%	13	100,0%	3	100,0%	3	100,0%	90	100,0%
Sexo predominante	Mayoría masculina	4	8,2%	9	40,9%	1	7,7%	0	0,0%	2	66,7%	16	17,8%
	Mayoría femenina	45	91,8%	13	59,1%	12	92,3%	3	100,0%	1	33,3%	74	82,2%
	Equilibrada	0	0,0%	0	0,0%	0	0,0%	0	0,0%	0	0,0%	0	0,0%
	Total	49	100,0%	22	100,0%	13	100,0%	3	100,0%	3	100,0%	90	100,0%